

VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

Comité de Redacción:

I. BARANDIARÁN J. L. MELENA M. QUIJADA J. SANTOS V. VALCÁRCEL

Secretario:

J. GORROCHATEGUI

5



INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD
AINTZINATE-ZIENTZIEN INSTITUTUA

SERVICIO EDITORIAL
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



ARGITARAPEN ZERBITZUA
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

VITORIA

1 9 8 8

GASTEIZ

NOTAS PARA LA CONSIDERACIÓN DEL DESARROLLO HISTÓRICO DESIGUAL DE LOS PUEBLOS DEL NORTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA ANTIGÜEDAD *

«Los montañeses son todos sobrios. No beben sino agua y duermen en el suelo... Tal es el género de vida, como ya he dicho, de las poblaciones montañosas, entiendo por tales las que ocupan la parte norte de Iberia, a saber, los galaicos, los astures y los cántabros, hasta los vascones y el Pirineo. Todos, en efecto, viven de la misma manera».

Estrabón, 3, 3, 7.

Siguiendo esta descripción del geógrafo griego Estrabón se ha pensado que todos los pueblos que en la Antigüedad habitaban en la parte norte de la Península Ibérica (galaicos, astures, cántabros y vascones, junto con aquellos otros —autrigones, caristios y várdulos que Estrabón «no se arriesga a mencionar, por lo dificultoso que resulta su transcripción»¹, tenían una misma forma de organizarse, formaban parte de una misma área cultural y habían dado una respuesta similar ante la presencia romana.

Las investigaciones más recientes² han demostrado que este panorama uniforme y homogéneo —tal y como nos lo presenta Estrabón— no lo es tanto, y que la aparente «semejanza» o «similitud» entre los pueblos del norte peninsular no puede afirmarse tajantemente, dado que el análisis de las fuentes arqueológicas³ y epigráficas comprueba que no es así.

Asimismo, una relectura, o en otras palabras, una «interpretatio» de las fuentes literarias y sobre todo, de la obra de Estrabón que es quien nos habla de su forma de vida, valorando en sus justos términos la información que nos ofrece para esta zona de la Península y otras partes del Imperio Romano, permite afirmar que un buen número de las características atribuidas a los

* Conferencia pronunciada en el Curso de Verano «La romanización en las áreas marginales del Imperio. El caso del País Vasco», organizado por la UPV/EHU, julio de 1986.

¹ Seguimos la traducción de los libros 3, 4 y 11 de la *Geografía* de Estrabón de F. Lasserre, Ed. Les Belles Lettres, París 1966 y 1975.

² Sería demasiado amplio citar aquí todos los trabajos que últimamente se han realizado sobre los pueblos del Norte en la Antigüedad, de entre todos ellos señalamos los que siguen: G. Pereira Menaut, «*Caelo Cadroionis f. Cilenus Berisamo et Al. Centuria or Castellum? A discussion*», *HA* 8, 1978, pp. 271-281; A. Tranoy, *La Galice romaine. Recherches sur le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, París 1981; J. Utruela Quesada, *Romanidad e indigenismo en el Norte Peninsular a finales del Alto Imperio. Un punto de vista crítico*. Madrid 1981; G. Pereira Menaut, «Los castella y las comunidades de *Gallaecia*», *Zephyrus* 34-35, 1982, pp.

249-167; *Estudios de cultura castrexa e de Historia Antiga de Galicia* (Edic. y limiar de G. Pereira Menaut), Compostela 1983; P. Le Roux - A. Tranoy, «D le mot et la chose. Contribution au débat historiographique», *AEA* 56, 1983, pp. 109-121; G. Pereira Menaut, «La formación histórica de los pueblos del Norte de *Hispania*. El caso de *Gallaecia* como paradigma», *Veleia* 1, 1984, pp. 271-287; J. Santos Yanguas, *Comunidades indígenas y administración romana en el Noroeste hispánico*, Bilbao 1985; J. Santos (ed.), *Asimilación y resistencia a la romanización en el Norte de Hispania*, IV Cursos de Verano de San Sebastián, Bilbao 1986, etc.

³ Los trabajos arqueológicos, dependiendo de las diferentes zonas dentro de todo el Norte peninsular se encuentran más o menos desarrollados. En este sentido cabe destacar sobre todo los avances producidos en el área galaica (baste ver en este sentido los trabajos de C. A. Ferreira de Almeida).

pueblos del norte peninsular no son sino parte del cuadro general de características aplicadas por los autores antiguos a los pueblos considerados como montañeses, salvajes, en definitiva bárbaros.

Se trata de una serie de atributos que se encuentran en la descripción de otros pueblos de la Antigüedad, como por ejemplo ha señalado para el caso de los galos M. Clavel-Lévêque⁴ y para el de los pueblos montañeses del Oriente Medio P. Briant⁵. En ambos casos, y como veremos también en el de los pueblos del norte, el historiador, al analizar la información que sobre estas realidades históricas proporcionan buena parte de los escritores antiguos, se encuentra con una serie de tópicos que integran el discurso ideológico cuya finalidad justifica y al mismo tiempo ensalza la obra conquistadora de Roma, contraponiendo las características de la civilización (la del pueblo conquistador) frente a las de los pueblos bárbaros (que son por regla general los pueblos conquistados), de los cuales, los pueblos del norte de la Península no son más que una parte —parte, además, que se enfrenta al Estado romano y que tarda en ser pacificada—.

Digamos, pues, que en el relato de Estrabón referido a estas poblaciones «montañesas» se encuentra, como en su libro 4⁶, una representación-descripción de éstos que no es objetiva, y que se inserta en la idea general que sobre el bárbaro existía en la época en la que el citado autor realiza su obra, puesto que como es lógico éste al igual que el resto de «...les auteurs anciens, de même que trop d'anthropologues d'hier et d'aujourd'hui analysent les peuples 'primitifs' à travers leurs préjugés, leurs postulats et leurs convictions sur la genèse et le fonctionnement de la société dans laquelle ils vivent»⁷. Por ello a la hora de manejar estas fuentes, como muy acertadamente ha señalado J. C. Bermejo Barrera es absolutamente necesario «tratar de encontrar su sentido específico teniendo en cuenta la mentalidad de sus autores, pues sólo así, considerando los modelos sociológicos e históricos que poseen los autores griegos y latinos para juzgar a las culturas bárbaras, es posible llegar a separar en sus descripciones lo real de lo imaginario»⁸.

Partiendo de estas premisas trataremos a continuación de «entresacar» de la obra de Estrabón aquellos elementos o criterios ideológicos que fundamentan su descripción de los montañeses del norte de Iberia.

En el pasaje 3, 3, 5, señala que «la guerra reemplazaba a la agricultura y como consecuencia el suelo dejaba de producir bienes y se poblaba de bandoleros», y en 3, 3, 8: «Pero hoy, como ya he dicho, todas las guerras han cesado, pero los que conservan aún en estos días sus hábitos de bandolerismo, a saber principalmente los cántabros y sus vecinos, han sido reducidos por César Augusto».

⁴ M. Clavel-Lévêque, «Les gaules et les gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon», *DHA* 1, 1974, pp. 75-93. Un análisis exhaustivo de la Geografía de Estrabón puede encontrarse en: F. Prontera (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, Perugia 1984 (muy especialmente la aportación de E. Ch. L. Van der Vliet, «L'ethnographie de Strabon: idéologie ou tradition?», pp. 27-86).

⁵ P. Briant, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, París 1983 (muy especialmente el capítulo 1: «L'anthropologie antique du pasteur et du nomade», pp. 9-56). Sobre la concepción romana de la barbarie ver: Y. A. Dauge, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, París 1981.

⁶ M. Clavel-Lévêque, *art. cit.*, p. 75.

⁷ P. Briant, *op. cit.*, p. 32.

⁸ J. C. Bermejo Barrera, «Tres notas sobre Estrabón. Sociedad, derecho y religión en la cultura castreña», *Gal-laecia* 3-4, 1977-78, pp. 71-90 (p. 71). Asimismo y sobre los mecanismos que han orientado la construcción de la obra estraboniana: E. Ch. L. Van der Vliet, *art. cit.*, *passim*, J. C. Bermejo Barrera, «Etnografía castreña e historiografía clásica», *Estudios de cultura castreña, op. cit.*, pp. 129-146 (en especial pp. 129-132) y del mismo autor, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana* 2, Madrid 1986 (principalmente el capítulo 1. «El erudito y la barbarie», pp. 13-44, donde vuelve a señalar en la p. 14, refiriéndose a Estrabón: «Su obra nos exige que analicemos su concepción de la geografía, sus métodos de trabajo y sus ideales globales, con el fin de poder lograr situar a sus informaciones etnográficas en el contexto intelectual de este autor, en donde, sin duda alguna, pueden hallar la plenitud de su sentido»).

Asimismo en 3, 4, 17 nos dice que los pueblos del norte llaman la atención no sólo por su coraje sino también por una fiereza y una insensibilidad totalmente animales, y prosigue con el relato referido a las guerras cántabras donde narra cómo las madres mataron a sus hijos para que no fuesen capturados, etc. Esto último coincide con lo que otros autores nos han transmitido también para estos pueblos, así: Floro 2, 23 y Orosio 6, 21.

El propio Estrabón dice en el pasaje que acabamos de mencionar que «estas costumbres se encuentran entre los celtas, los tracios y los escitas, pueblos conocidos también por sus actos de coraje tanto por parte de los hombres como de las mujeres».

El geógrafo griego menciona en 3, 3, 8, que estas costumbres rudas y salvajes no son sólo la causa de la guerra, sino también el aislamiento, pues tanto por mar como por tierra el viaje hasta estos lugares es largo y la dificultad de las comunicaciones les ha hecho perder toda sociabilidad y toda humanidad. Es decir, que los condicionamientos geográficos contribuyen a la existencia de estas costumbres «salvajes» (en 1, 1, 2, aludiendo a la zona norte de la Península dice que es una zona aislada de los intercambios comerciales debido a su relieve y al frío motivado por la proximidad del océano).

De estos fragmentos se deduce de forma clara que la agresividad, en relación directa con la belicosidad y el bandolerismo, así como la rudeza y fiereza de sus costumbres son características definitorias de los pueblos del norte, los montañeses. Características que no son otra cosa que estereotipos que se aplican de forma mecánica a poblaciones muy diversas del Imperio Romano⁹.

Esto que acabamos de señalar se comprueba al revisar los datos que este mismo autor nos da sobre los pueblos montañeses del Oriente Medio. Éstos son calificados sistemáticamente de «combativos», bandoleros o ladrones. Así en el pasaje 11, 12, 4, dice que la Media y la Armenia «están pobladas de infinidad de pequeños pueblos de montañeses que viven de la rapiña y el bandolerismo», y lo mismo en 11, 3: «entre los iberos del Cáucaso la llanura está habitada por la fracción agrícola de la población de temperamento pacífico... Pero la mayoría de los habitantes ocupan la parte montañosa. Son belicosos y viven a la manera de los escitas y los sármatas...»¹⁰. Las mismas características son mencionadas en 11, 7, 1; 11, 13, 6 y en 4, 4, 5, refiriéndose a los galos: «...Su irreflexión se acompaña también de barbarie y de salvajismo, como es frecuente entre los pueblos del Norte...». Lo mismo cuando alude a los pueblos de los Alpes de los que destaca la brutalidad y la práctica del bandolerismo (4, 6, 3; 4, 6, 8 y 4, 6, 10).

Por tanto, los calificativos atribuidos por Estrabón a los montañeses del norte de Iberia son los mismos que califican a todos los pueblos montañeses del Imperio Romano; y así los habitantes de las regiones montañosas tienen todos una misma forma de vivir que está determinada por el propio hecho de habitar una zona montañosa (3, 3, 8: «se comprende que la miseria a causa del aislamiento de sus lugares y a la presencia de montañas contribuya a la singularidad de sus costumbres») lo que trae consigo unas costumbres salvajes (3, 4, 17-18) y una belicosidad y agresividad constantes junto con la práctica del bandolerismo (3, 3, 5).

⁹ P. Briant, *op. cit.*, pp. 12 ss.

¹⁰ De los escitas dice Q. Curcio Rufo en su *Historia de Alejandro Magno* 7, 9, 10, que son «los pueblos más belicosos del mundo» (trad. de F. Pejenaute Rubio, *Biblioteca Clásica Gredos* 96, Madrid 1986), y en 4, 6, 4, refiriéndose a los bactrianos señala que se encuentran: «Afincados no lejos del belicosísimo pueblo de los escitas, estaban acostumbrados a vivir de las rapiñas y se mantenían siempre en pie de guerra». El tema de la agresividad y belicosidad de los pueblos montañeses (y también de los pueblos noma-

das) está siempre presente en las descripciones de los autores antiguos. Ver a este respecto: P. Briant, «Brigandage, dissidence et conquête en Asie achéménide et hellénistique», *DHA* 2, 1976, pp. 163-258; este mismo autor en *op. cit.*, p. 20 apunta: «L'agressivité et l'humeur belliqueuse sont liées également aux modes de combat des nomades et des montagnards. Il est très caractéristique en effet que les auteurs classiques comparent fréquemment les sauvages aux fauves... Sobre el bandolerismo ver también: E. Ch. L. Van der Vliet, *art. cit.*, en especial pp. 66-67.

Bandolerismo que es considerado por Estrabón «como un modo de adquisición a los pueblos que viven en un territorio difícil o imposible de poner en cultivo. De ahí la oposición radical que se observa entre los habitantes de la llanura y los de la montaña, entre la paz y la guerra»¹¹.

A todo ello hay que añadir la clara contraposición entre la situación anterior a la conquista romana y la situación posterior a ésta, tal y como podemos ver en 3, 3, 5: «este estado de cosas —el abandono de las prácticas agrícolas y la dedicación al bandolerismo y la guerra— dura hasta que los romanos le han puesto término...», y en 3, 3, 8: «Pero hoy como ya he dicho todas las guerras han cesado...». Antes era la guerra, ahora es la paz, antes la barbarie y el salvajismo, ahora la civilización; paz y civilización que trae consigo la conquista romana, en esta época, como en otra la había logrado la conquista de Alejandro Magno¹².

A estos tópicos que se aplican a la realidad histórica de los pueblos montañoses del norte se une el de la dieta alimenticia que les atribuye Estrabón en 3, 3, 7, recientemente estudiada por J. M. Vázquez Varela¹³. Régimen alimenticio de sobra conocido por repetido¹⁴ y que se puede resumir en lo siguiente: alimentación básica (durante tres cuartas partes del año) a partir de las bellotas que se utilizan para hacer pan; usar manteca en lugar de aceite, beber cerveza y comer principalmente carne de cabrón.

Se puede decir que estas prácticas alimenticias son las que más se contraponen con la dieta alimenticia de los pueblos civilizados y se aproxima a la descrita para otros pueblos que habitan también zonas montañosas, dedicados sobre todo a la recolección y a la caza, y a la de los pueblos bárbaros en general (como puede comprobarse por ejemplo, en 4, 4, 3; 11, 13, 11 y 12, 3, 18).

Que estamos de nuevo ante elementos o características propias del discurso ideológico de este autor griego nos lo demuestra el que los datos ofrecidos por otro tipo de fuentes (básicamente para esta cuestión: la arqueología, la paleobotánica, la paleontología, etc.) sobre la alimentación de los pueblos del norte en la Antigüedad, no coinciden con lo narrado por el geógrafo griego, por ello se puede afirmar que: «la discrepancia entre lo narrado y lo comido es notable..., pues a

¹¹ P. Briant, *op. cit.*, p. 30 este autor continúa señalando que: «D'où l'opposition radicale qui est marquée entre habitants de la plaine et habitants de la montagne, entre la paix et la guerre». Asimismo sobre este tema: L. Flam-Zuckermann, «À propos d'une inscription de Suisse: étude du phénomène du brigandage dans l'Empire romain», *Latomus* 29, 1970, pp. 451-273, quien dice que los textos clásicos «localisent le phénomène du brigandage souvent dans les régions montagneuses isolées, ainsi que dans les provinces situées aux frontières de l'Empire». M. Clavel-Lévêque, «À propos des brigands: discours, conduites et pratiques impérialistes», *DHA* 2, 1976, pp. 17-31; Id., «Brigandage et piraterie: représentations idéologiques et pratiques impérialistes au dernier siècle de la république», *DHA* 4, 1978, pp. 17-31; J. P. Digard, «Montagnards et nomades d'Iran: des 'brigands' des Grecs aux 'sauvages' d'aujourd'hui», *DHA* 2, 1976, pp. 263-273; E. Ch. L. Van der Vliet, *art. cit.* (pp. 66-67). El modo de combatir de los montañoses está ligado principalmente a las características geográficas de las zonas que habitan: «pour ces 'sauvages', la montagne est un repaire inexpugnable» (P. Briant, *op. cit.*, p. 21). En este sentido hay que citar a Dión Casio 53.25, quien nos ofrece datos sobre la forma de combatir de cántabros y astures.

¹² M. Clavel-Lévêque, «Les gaules...», *art. cit.*, p. 76;

Id., «À propos des brigands...», *art. cit.*, p. 260. Sobre el papel civilizador de la conquista de Alejandro en la historiografía antigua y contemporánea ver: P. Briant, «Impérialismes antiques et idéologie coloniale dans la France contemporaine: Alexandre le Grand modèle colonial», *DHA* 5, 1979, pp. 283-292 (= Id., *Rois, tributs et paysans*, París 1982, pp. 281-290), en especial p. 289, donde se dice: «Or, Strabon dans sa Géographie comme Plutarque dans la Fortune d'Alexandre comptent parmi les plus actifs diffuseurs de l'idéologie impérialiste macédonienne puis romaine. L'efficace de leur discours repose essentiellement sur une structure binaire qui oppose un avant et un après de la conquête: la conquête et la colonisation permettent aux peuples soumis de passer de la barbarie à la civilisation. Tel est bien le schéma général sur lequel fonctionne la géohistoriographie d'Alexandre».

¹³ J. M. Vázquez Varela, «Dieta real y dieta imaginaria», en J. C. Bermejo Barrera, *op. cit.*, pp. 231-241.

¹⁴ Sobre el verdadero significado de la dieta alimenticia que Estrabón atribuye a los pueblos del Norte: J. C. Bermejo Barrera, «Etnografía castreña...», *art. cit.*, pp. 133-135; Id., *op. cit.*, pp. 21-25, así como P. Briant, *État et pasteurs...*, *op. cit.*, p. 18, para el tema de la alimentación de los pueblos montañoses en general, según los autores grecolatinos.

una alimentación real, la que hemos descrito en base a diferentes fuentes, se corresponde la imaginaria que nos describe Estrabón»¹⁵.

La representación «salvaje» de estos pueblos la completa Estrabón con lo que nos transmite de sus prácticas matrimoniales (3, 4, 18); de sus costumbres higiénicas (3, 4, 16); de su vestimenta, etc.¹⁶ (en 3, 3, 7, dice que duermen en el suelo, llevan los cabellos largos al modo femenino al igual que los galos, sobre los que dice lo mismo en 4, 4, 3).

Así pues, por todo lo expuesto podemos decir que la forma de vida que Estrabón describe para los montañoses del norte de Iberia no puede ser admitida literalmente a la hora de intentar reconstruir la realidad histórica de estos pueblos en la Antigüedad, dado que en buen número de ocasiones no estamos sino ante meros tópicos que lo único que nos permiten conocer una vez más son las características fundamentales que definen la visión que la etnogeografía —siguiendo la terminología utilizada por P. Briant¹⁷— antigua tiene acerca de los «montañoses» y «bárbaros». Se trata, también aquí, como en el ejemplo ya citado de los galos de una representación «qui s'intègre dans une série d'autres types de représentations et dans un système de réalités concrètes, ainsi dans une certaine idée du Barbare, dans une longue histoire des relations commerciales entre la Méditerranée et l'Europe du Nord et particulièrement les régions celtiques, enfin dans le développement déjà séculaire de la politique impérialiste de Rome au moment précis où se construit et s'impose le Principat»¹⁸.

De esta forma, y sin que lo que hemos expuesto hasta aquí, signifique negar de forma absoluta la validez de la información de la obra de Estrabón, sino más bien valorarla e interpretarla en sus justos términos distinguiendo y diferenciando los meros tópicos propios de un discurso ideológico de clara intencionalidad política —que aparecen reiteradamente a lo largo de su *Geografía*— de los datos concretos que corroborados por otras fuentes sí reflejan la realidad histórica que se describe; se puede decir que es a través del análisis histórico —principalmente del análisis de la información que proporcionan las fuentes arqueológicas y epigráficas—, como podemos acercarnos al conocimiento de la forma de vida de los montañoses del Norte en la Antigüedad. Son estas últimas fuentes las que nos ofrecerán datos para poder hablar de homogeneidad o de diferentes grados de desarrollo histórico desde los astures hasta los vascones.

Hay, todavía, creemos, que añadir alguna otra consideración en relación con las informaciones que proporcionan los autores griegos y latinos, a saber: que conviene, a la hora de analizar los datos que nos dan sobre cualquiera de los pueblos de Iberia, no perder de vista la obra en conjunto de cada autor en particular y las de todos ellos en general, teniendo en cuenta para cada caso o casos la época histórica en la que han vivido para de esta manera no dejar de lado los presupuestos ideológicos a partir de los cuales han realizado sus obras.

En estos términos, como ya señalábamos antes, no se debe olvidar que estos autores, muchas veces —como es el caso de Estrabón— no conocen directamente la realidad que describen, toman sus datos de otros y realizan en ocasiones una «interpretatio» a partir de sus propios modelos de comportamiento y pensamiento.

Por otra parte, los estudios comparativos, frecuentemente olvidados, entre las diferentes partes de la obra de un mismo autor cuando éste se ocupa de realidades históricas muy diversas y distantes

¹⁵ J. M. Vázquez Varela, *art. cit.*, p. 237.

¹⁶ J. C. Bermejo Barrera, «Tres notas sobre Estrabón...», *art. cit.*, pp. 72-78; Id., «Etnografía castreña...», *art. cit.*, pp. 137 ss.; Id., *op. cit.*, p. 26: «Vestimenta y alimentación nos trazan, pues, el retrato de un pueblo salvaje y morador de lugares inhóspitos».

¹⁷ P. Briant, *État et pasteurs...*, *op. cit.*, p. 3: «Plutôt

que d'anthropologie, je parle ici d'ethnographie. En effet, les auteurs qui écrivent sur les peuples 'barbares' ne sont pas des anthropologues, avec tout ce que suppose cet appellatif de rigueur scientifique: ce sont bien plutôt de voyageurs, des géographes dans le sens le plus utilitaire du terme, le plus intégré au discours impérialiste dominant».

¹⁸ M. Clavel-Lévêque, «Les gaules...», *art. cit.*, p. 75.

geográficamente, pueden ser de gran ayuda a la hora de estudiar los pueblos prerromanos peninsulares para considerar o no como «extraño» o «típico» algo que quizás se repita para otros muchos pueblos de la Antigüedad. Claro está sin que ello conduzca a una visión reductivista y unívoca¹⁹.

Simplemente se trata de hacer una llamada de atención sobre el peligro de las visiones y estudios ceñidos exclusivamente a analizar la información que un autor nos ha transmitido para una zona o región geográfica concreta que olvidan o pierden de vista la información que nos da sobre otras áreas con las mismas características, tengan o no el mismo grado de desarrollo histórico. Se trataría en última instancia de no olvidarse de lo general cuando se hacen estudios particulares (para el caso que ahora nos ocupa no olvidarse del resto de los pueblos montañoses, bandoleros, bárbaros, en definitiva, del resto de la Península²⁰ y del Imperio Romano).

Y volviendo de nuevo a lo que decíamos anteriormente al referirnos a las fuentes arqueológicas y epigráficas sobre los pueblos del Norte, cabe señalar, teniendo en cuenta el estado actual de las investigaciones históricas, que ciertamente, siguiendo la distribución de estos pueblos de Oeste a Este la falta de homogeneidad en su desarrollo histórico es clara. Veamos.

En primer lugar hay que diferenciar a los galaicos. Sobre este pueblo, las investigaciones más recientes debidas a G. Pereira Menaut²¹ han demostrado que su organización no es nada semejante a la del resto de los pueblos montañoses del Norte, por lo tanto son los primeros que deben ser considerados de forma diferenciada (no nos vamos a detener aquí en exponer su forma de organización en castella, remitimos al lector a la bibliografía señalada en la nota 2).

De esta manera, de la afirmación de Estrabón: «todos en efecto viven de la misma manera» hay que dejar desde el principio a los galaicos, y en esto están de acuerdo la práctica totalidad de los historiadores de la Antigüedad que se han ocupado de los mismos en época reciente.

El resto de los pueblos del Norte, aparentemente homogéneos, también presentan, en nuestra opinión, diferencias notorias y relevantes desde el punto de vista histórico.

Basándonos en la información que nos proporcionan las fuentes epigráficas —y en espera de más información por parte de las fuentes arqueológicas— proponemos, a manera de hipótesis, que desde los astures a los vascones se pueden establecer tres grandes grupos dentro del conjunto global, atendiendo a las características que presenta su organización social²².

El primer grupo sería el formado por los astures y cántabros; el segundo por los autrigones y caristios, y el tercero por los várdulos y los vascones.

Las razones de agrupar conjuntamente a astures y cántabros son básicamente dos: presentan homogeneidad en lo referente a su organización social y constituyen una zona diferenciada dentro del área peninsular conocida como indoeuropea por ser en esta zona donde se concentran la mayoría de los textos epigráficos con mención de gentes²³ y en segundo lugar son los más tardíos en ser conquistados por Roma (las guerras cántabro-astures finalizan el 19 a.C.). A estas razones hay que añadir el hecho de que en su territorio se constata la existencia de inscripciones

¹⁹ P. Briant, *op. cit.*, pp. 55-56.

²⁰ Como parece ser el caso de los lusitanos según se deduce principalmente de la información de Diodoro 34, 6, 7 y a resultas de la Tesis Doctoral de M.ª P. Ciprés Torres, en curso de realización. Como muy acertadamente señala E. Ch. L. Van der Vleit, en *art. cit.*, p. 32: «La question de l'idéologie de Strabon ne peut être résolue qu'après avoir pris en considération l'ensemble de son ethnologie et la dépendance ou l'indépendance de l'auteur de la tradition ethnographique grecque et hellénistique et des sources dont il s'est servi. Il faut d'abord répondre aux questions

posées par la complexité et l'hétérogénéité de son oeuvre».

²¹ Ver nota 2.

²² Según hemos podido comprobar tras el análisis de la epigrafía del área indoeuropea de Hispania, dentro de la cual se incluyen la mayor parte de los pueblos del Norte.

²³ Sobre esta cuestión ver: M.ª C. González Rodríguez, «Estructuras sociales indígenas en el área indoeuropea de Hispania en época romana: pervivencias y transformaciones», *Asimilación...*, *op. cit.*, pp. 155-188; e Id., *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, Vitoria-Gasteiz 1986 (Anejos de *Veleia* 2).

hasta época bastante avanzada del Imperio Romano (s. III) e incluso en algunos casos en el siglo IV —en relación con lo que ocurre entre el resto de los pueblos del Norte y del resto de la Península— y que también estos dos pueblos son los únicos, dentro de todo el conjunto de los pueblos del Norte que aparecen mencionados en las fuentes epigráficas como gentes: *gens asturum*, *gens cantabrorum*²⁴.

Ahora bien, por debajo de estos elementos comunes —que creemos definitivos a la hora de considerarlos como grupo homogéneo— existen algunas diferencias entre uno y otro, así por ejemplo, la existencia de pactos de hospitalidad sólo para el caso astur y la presencia de cargos administrativos romanos también entre los astures —hecho ligado a la propia riqueza minera de la zona y al papel que como capital del *conventus asturum* tuvo que tener Asturica Augusta—, pudieron jugar un papel nada despreciable en el desarrollo histórico de este pueblo. Pero por encima de estos aspectos diferenciadores, entre astures y cántabros, hay que situar las razones antes enumeradas relativas sobre todo a su organización social, las cuales al mismo tiempo que homogeneizan a astures y cántabros, los individualizan frente a los otros pueblos —como decíamos— del área indoeuropea de Hispania, y por tanto también frente a los demás pueblos del Norte.

Por otra parte estaría el segundo grupo, formado por autrigones y caristios. La razón de agruparlos conjuntamente, también como en el caso anterior, se basa en su organización social; entre ambos no se constata la existencia de gentes, tampoco de pactos de hospitalidad; pero sí tenemos en sus fuentes epigráficas algunos ejemplos del típico sistema onomástico indígena característico de toda el área indoeuropea, lo cual nos acerca estos dos pueblos al resto de pueblos de la mencionada área y al mismo tiempo los diferencia del último y tercer grupo establecido por nosotros entre los pueblos del Norte, pues tanto los várdulos como los vascones presentan conjuntamente una característica común que los individualiza del resto; se trata del desconocimiento total de las formas organizativas de estos pueblos antes de la llegada de los romanos, ya que la epigrafía no nos ofrece apenas información al respecto²⁵.

Como conclusión, debemos decir que las diferencias señaladas nos llevan a pensar que la homogeneidad de los pueblos del Norte peninsular en la Antigüedad es sólo aparente, dado que se parte de formas de organización distintas, a las que hay que añadir los sucesivos momentos de la conquista romana, y la diferente respuesta de estos pueblos ante la presencia romana, así como las diversas fórmulas integradoras adoptadas por los romanos (por ejemplo traslado de poblaciones al llano para el caso de astures y cántabros, según las fuentes literarias), todo lo cual necesariamente habrá de condicionar el desarrollo histórico de estos pueblos, permitiéndonos —al menos— dudar de las caracterizaciones y afirmaciones generales, pues por debajo de la aparente semejanza y uniformidad que una primera lectura de las fuentes, principalmente literarias, nos pueden dejar entrever, un análisis más detenido y pormenorizado de estas mismas, en combinación con los datos que aportan la arqueología y la epigrafía, nos demuestra que la realidad es mucho más compleja y más difícil de «aprehender» de lo que a simple vista puede parecer.

UPV/EHU

M.ª CRUZ GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

²⁴ CIL II 4233; CIL II 4192; CIL II 6093, y la mención de *gens asturum* en una *tabula* recientemente aparecida y recogida por G. Pereira Menaut en «La formación histórica...», *art. cit.*, p. 282, nota 31.

²⁵ Si exceptuamos la inscripción hallada en Rocafort (Navarra) —territorio ocupado en la Antigüedad

por los vascones—: C. Castillo - J. Gómez Pantoja - M. D. Mauleón, *Inscripciones romanas del Museo de Navarra*, Pamplona 1981, n.º 24, en la que aparece el sistema onomástico típico de toda el área indoeuropea de Hispania: *Pesine Talaiorum*.